

ELEMENTOS DE RELATOS ÁRABES EN LA OBRA DE CERVANTES

Rosa NAVARRO DURÁN

Universidad de Barcelona

A José Ángel, persona bondadosa y cabal;
tenía el maravilloso don de saber contar.

RESUMEN

Miguel de Cervantes estuvo cinco años prisionero en Argel (1575-1580); no es inverosímil suponer que en esos años de cautiverio oyerá contar narraciones. Al no poderse comprobar la existencia de una fuente oral, se ofrecen unas curiosas concordancias como apunte de la plausible conexión entre la riquísima tradición cuentística árabe y la obra del escritor. La nube de polvo que envuelve a los rebaños y que sirve de estímulo para que don Quijote imagine dos ejércitos en medio de la llanura manchega, el vuelo de Clavileño, el relato en directo que hace Lorenza a su marido de su adulterio en El viejo celoso o detalles del sueño de Periandro –en Los trabajos de Persiles y Sigismunda– son motivos literarios que se encuentran también en relatos árabes.

Palabras clave: Cervantes, relatos árabes, literatura popular.

ARTÍCULO

El 26 de septiembre de 1575 los corsarios berberiscos hicieron prisionero a Miguel de Cervantes frente a la costa catalana; se había

embarcado el día 7 en Nápoles en la galera Sol para volver a España. Fue rescatado por los padres trinitarios en 1580, según consta en su partida de rescate, fechada en Argel el 19 de septiembre.

Esos cinco años que estuvo cautivo dieron materia a sus comedias y a sus novelas. Mamí Arnaute, el capitán de los corsarios, se convertiría en personaje literario. Pero no es mi objetivo ver la transformación de lo vivido en estofa de ficción, sino plantear la posible presencia de relatos orales árabes en los textos cervantinos. Es verosímil que en esos años de cautiverio oyera contar narraciones, si no las oyó contar en la misma península por boca de los moriscos. Al no poder probarse la existencia de una fuente oral, ofrezco unas curiosas concordancias como apunte de esta plausible conexión entre la riquísima tradición cuentística árabe y la obra de Miguel de Cervantes.

1. UNA NUBE DE POLVO

Invito a recordar uno de los extraordinarios episodios del *Quijote*, uno de los espantosos combates del caballero andante, el que libra con esos ejércitos que acaban siendo rebaños de carneros y ovejas. Estamos en el capítulo XVIII, caballero y escudero van hablando del manto y otros desastres cuando a lo lejos aparece una nube de polvo:

En estos coloquios iban don Quijote y su escudero, cuando vio don Quijote que por el camino que iban venía hacia ellos una grande y espesa polvareda; y, en viéndola, se volvió a Sancho y le dijo:

— Este es el día, ¡oh Sancho!, en el cual se ha de ver el bien que me tiene guardado mi suerte; este es el día, digo, en que se ha de mostrar, tanto como en otro alguno, el valor de mi brazo, y en el que tengo de hacer obras que queden escritas en el libro de la fama por todos los venideros siglos. ¿Ves aquella polvareda que allí se levanta, Sancho? Pues toda es cuajada de un copiosísimo ejército que de diversas e innumerables gentes por allí viene marchando.

— A esa cuenta, dos deben de ser —dijo Sancho—, porque desta parte contraria se levanta asimesmo otra semejante polvareda.

Volvió a mirarlo don Quijote y vio que así era la verdad y, alegrándose sobremanera, pensó sin duda alguna que eran dos ejércitos que venían a embestirse y a encontrarse en mitad de aquella espaciosa llanura. Porque tenía a todas horas y momentos llena la fantasía de aquellas batallas, encantamientos, sucesos, desatinos, amores, desafíos, que en los libros de caballerías se cuentan, y todo cuanto hablaba, pensaba o hacía era encaminado a cosas semejantes. Y la polvareda que había visto la levantaban dos grandes manadas de ovejas y carneros que por aquel mismo camino de dos diferentes partes venían, las cuales, con el polvo, no se echaron de ver hasta que llegaron cerca. Y con tanto ahínco afirmaba don Quijote que eran ejércitos, que Sancho lo vino a creer y a decirle:

— Señor, pues ¿qué hemos de hacer nosotros?

(Cervantes, 1998: 188-189).

“Una grande y espesa polvareda” es el estímulo para que la imaginación de don Quijote divise primero un ejército y luego otro en mitad de la llanura. Don Quijote, en lugar de ver “dos grandes manadas de ovejas y carneros”, lo que él ve y describe minuciosamente a Sancho son dos poderosos ejércitos, el del emperador Alifanfarón y el del rey de los garamantas, Pentapolín del Arremangado Brazo. Y Sancho se lo cree porque ve lo mismo: primero una gran nube de polvo, y luego dos, como le dice. Escuchará embobado la descripción de los dos ejércitos que le hace su señor aunque no consiga ver a ninguno de los caballeros ni de los gigantes que le nombra. Empieza a deshacerse el encanto del relato cuando don Quijote le pregunta si no oye “el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines, el ruido de los atambores”. Lo que Sancho oye, como le dice, son “muchos balidos de ovejas y carneros”. Y añade el narrador: “Y así era la verdad, porque ya llegaban cerca los dos rebaños”. (Cervantes, 1998: 193).

La escena de la gran nube de polvo que oculta a un ejército es frecuentísima en los relatos árabes. Para demostrarlo utilizaré la compilación que nos ofrece *Las mil y una noches*, divulgada en Europa por Antoine Galland en el siglo XVIII, porque el material que la forma son antiguos relatos orales. Como dice Juan Vernet en el prólogo de su espléndida traducción:

Cuando Antoine Galland (1646-1715) empezó a publicar *Les mille et une nuits, contes arabes traduits en français* (1704-1717; 12 volúmenes) dio a conocer a Europa la unidad de una obra que, de modo fragmentario hasta entonces, había infiltrado ya elementos suyos en varias literaturas de nuestro continente mediante procedimientos de transmisión que, en su mayor parte, aún hoy desconocemos. (*Las mil y una noches*, 2004, I: XXXIV).

No hay más que leer la larga historia de Achib, Garib y Sahim al-Layl, que ocupa las noches 625 a la 680, para encontrarse cada poco con la visión de una gran polvareda, de una nube de polvo que tapa el horizonte, y siempre la causa un ejército. Se ve primero la gran polvareda, y en seguida el rey manda a alguien a que averigüe de qué se trata. He aquí una breve antología de citas:

Viajaron durante cinco días. Al sexto se levantó una nube de polvo. Envió a un persa para que averiguase de qué se trataba. Éste corrió hacia la nube de polvo y regresó más rápido que el pájaro cuando vuela. Dijo: “¡Señor mío! Esa polvareda la levantan mil caballeros, compañeros nuestros, a los cuales ha enviado el rey en busca de la reina Fajr Tach. [...] El rey gritó a los correos: “¡Ay de vosotros! ¡Traedme noticia de quiénes son los que levantan la polvareda!” Uno de los caballeros corrió hasta los que llegaban y regresó diciendo: “¡Rey! Debajo de la polvareda hemos encontrado cien caballeros cuyo Emir se llama Sahim al-Layl”[...] Los habitantes de la ciudad vieron la nube de polvo; su rey al-Chaland b. Karkar la divisó también y mandó a sus correos que averiguasen de qué se trataba. Estuvieron ausentes un rato y regresaron para decirle. “En el interior de esa polvareda hay un rey que se llama Achib que es señor del Iraq”[...] Al-Chaland y sus hombres se disponían a atacar cuando vieron que se levantaba una nube de polvo que tapaba el horizonte y oscurecía el día; los cuatro vientos disolvieron la polvareda y debajo aparecieron caballeros con corazas, valientes héroes, espadas cortantes, lanzas afiladas y hombres que parecían fieras, incapaces de sentir temor o miedo. Los dos ejércitos renunciaron al combate en cuanto vieron la polvareda, y enviaron mensajeros para que averiguasen de qué se trataba y qué gentes eran las que llegaban levantando tanto polvo. Los

correos fueron, se metieron debajo de la nube y se perdieron de vista. Después de un rato regresaron. El correo de los incrédulos informó que los recién llegados constituían un ejército musulmán mandado por su rey Garib. [...] Una vez estaba sentado en el alcázar y vio levantarse una nube de polvo que tapó los países y oscureció el horizonte. Llamó a al-Kaylachán y al-Qurachán y les dijo: “Traedme noticia de lo que viene en esa nube”. Los dos genios se pusieron en camino, se metieron debajo de la nube, capturaron a uno de sus caballeros y lo llevaron a Garib. (*Mil y una noches*, 1965, II:1001, 1006, 1030, 1044, 1095).

Pero hay muchos más ejemplos. Así, por ejemplo, leemos en la “Historia de Nima y Num”:

Mientras estaban sentados hablando, se levantó una nube de polvo que cubrió el horizonte. Al disiparse vieron aparecer un ejército, que avanzaba como si fuese el mar enfurecido. [...] Mientras esto ocurría, levantose otra nube de polvo, que cubrió el horizonte, y la tierra tembló bajo el galope de los caballos; los tambores redoblaban como el viento huracanado, y los soldados aparecieron con sus armas y cotas de malla. Vestían de negro y rodeaban a un anciano, vestido también de negro, cuya barba le llega hasta el pecho¹. (*Mil y una noches*, 2004, I: 911 y 913).

La acumulación de citas podría ser mucho mayor porque es una secuencia continua. El desierto y el galopar de los caballos la hacen además totalmente verosímil, es el escenario propicio para que suceda; no lo es, en cambio, en *La Mancha*, porque ni el suelo es de arena ni las ovejas galopan.

Bien es cierto que una mención a la polvareda que levanta el ejército aparece también una vez en el *Libro del caballero Cifar*, obra que Cervantes leyó muy bien, como he demostrado (Navarro Durán, 2004: 97-103). Una doncella describe un combate a la señora de la villa, sitiada por un ejército enemigo:

¹ Se dibuja entonces la figura del sabio Lingardeo en el encanto de Dulcinea, pero es figura común.

Señora, en las tiendas del real del señor de la hueste ay tan grandes polvos que en los çielos contienen, en manera que non podíamos ver quién fazía aquel polvo; e porque arraya agora el sol, faze aquel polvo atan bermejo que semejava sangre, pero que vemos que todos los otros que estavan enderredor de la villa se armavan quanto podían e van corriendo contra las tiendas del señor de la hueste do son aquellos polvos (*Caballero Zifar*, 1982: 99-100).

La comparación con el texto cervantino nos permite ver mejor las semejanzas que éste guarda con la secuencia de los relatos árabes, en donde son continuas.

2. EL CABALLO VOLADOR Y SU VUELO POR LAS REGIONES DEL AIRE Y DEL FUEGO

No diré que Clavileño compita en fama con Rocinante, pero este caballo de madera es casi tan popular como el de Troya, aunque en su panza no encerrara guerreros, sino cohetes voladores. Así lo presenta la condesa Trifaldi y cuenta luego cómo funciona:

Es también de saber que Malambruno me dijo que cuando la suerte me deparase al caballero nuestro libertador, que él le enviaría una cabalgadura harto mejor y con menos malicias que las que son de retorno, porque ha de ser aquel mismo caballo de madera sobre quien llevó el valeroso Pierres robada a la linda Magalona, el cual caballo se rige por una clavija que tiene en la frente, que le sirve de freno, y vuela por el aire con tanta ligereza, que parece que los mismos diablos le llevan. [...] se llama Clavileño el Alígero, cuyo nombre conviene con el ser de leño y con la clavija que trae en la frente y con la ligereza con que camina; y, así, en cuanto al nombre bien puede competir con el famoso Rocinante.

— No me descontenta el nombre —replicó Sancho—; pero ¿con qué freno o con qué jáquima se gobierna?

— Ya he dicho —respondió la Trifaldi— que con la clavija, que volviéndola a una parte o a otra el caballero que va encima le hace caminar como quiere, o ya por los aires, o ya rastreando y casi barriendo la tierra, o por el medio, que es el que se busca

y se ha de tener en todas las acciones bien ordenadas (Cervantes, 1998: 951, 953).

Un caballo volador semejante se encuentra en *La historia del muy valiente y esforçado cavallero Clamades, hijo de Marcaditas, rey de Castilla, y de la linda Clarmonda, hija del rey de Toscana* (de hacia 1480)², que traduce *Le livre de Clamadés*, prosificación del poema *Cléomadès* de Adenet li Rois, hecha por Philippe Camus. Viña Liste habla de “su indudable conexión con el *Quijote* cervantino en su episodio de la aventura de Clavileño” (*Textos medievales*, 1993: 620-621). En su antología de *Textos medievales de caballerías* incluye el episodio, donde se describe así el caballo: “Y el rey Cropardo hizo un cavallo de madera, en el cual había dos clavijas de azero, por las cuales él se regía y lo hazían ir donde querían”. Vemos cómo empieza a actuar: “Y entonces Clamades subió en el cavallo, y el rey Cropardo bolvió la clavija que el cavallo de madera tenía en la frente, y el cavallo comenzó a se mover, y se alzó en el aire tan alto que todos lo perdieron de vista” (*Textos medievales*, 1993: 626-627).

El joven no sabe cómo manejar el caballo y empieza a mirar si ve en él algo que pueda controlar sus movimientos:

E Clamades andava siempre sobre el cavallo de madera, y en poco tiempo fue tan lexos que él no sabía en dónde estava; pero él tomó muy gran esfuerço en sí, y pensó yendo assí a cavallo cómo y en qué manera se podría bolver; y luego miró en derredor del cavallo y halló una clavija en el costado diestro, y él la empeçó de bolver; y luego que huvo hecho aquello, miró al otro costado del cavallo y vio allí otra clavija; y después halló otra en el pie del cavallo, las cuales comenzó a bolver, y entonces él se comenzó a baxar contra la tierra, y allí conoció Clamades la manera del cavallo y fue más asegurado que de primero, porque él conoció que por aquellas clavijas se governava el cavallo de madera, y que por ellas andava y venía (*Textos medievales*: 1993: 628).

² Hay tres ediciones impresas, en Burgos, en 1480?, 1521 y 1562.

Como es bien sabido³, la historia procede de un relato árabe recopilado posteriormente en *Las mil y una noches*. Anota Viña Liste:

También en el cuento de “El caballo encantado” o “El caballo mágico” de las *Mil y una noches* hay un sabio persa, con el mismo nombre de Cropardo, al que se describe como dechado de fealdad; allí los personajes homólogos de Marcaditas de Sardeña, padre de Clamades, y del rey Carnuante de Toscana, padre de Clarmonda, son respectivamente, el rey Sabur de Persia y el rey de Bengala (*Textos medievales*, 1993: 626).

Vamos a ver cómo se gobierna el caballo de ébano en el relato recogido en *Las mil y una noches*. En la “Historia del caballo de ébano”, tres sabios le ofrecen al rey un pavo de oro, una trompeta de bronce⁴ y un caballo de marfil y ébano. El que le ofrece el caballo enseña a montarlo al hijo del rey; le muestra la manivela de la subida y le dice “Da vuelta a esta llave”.. Ya volando y sin saber cómo regresar, el joven buscará en el caballo la clave que le permita controlarlo y encontrará “algo que parecía la cabeza de un gallo en el hombro derecho del caballo; en el hombro izquierdo había otra pieza igual” (*Las mil y una noches*, 1965, II: 234).

Es muy posible que Cervantes leyera el episodio en el *Clamades*; pero en última instancia, la historia proviene de un antiguo relato árabe. ¡Quién sabe si el escritor no lo habría oído también contar y se le quedaría así más vivo en el recuerdo!

Los servidores de los duques ayudan a don Quijote y Sancho a crear en su imaginación una realidad en el vuelo de Clavileño con unos ingeniosos trucos; así los grandes fuelles, con que les daban aire, y las estopas encendidas que sostenían desde lejos pendientes de una caña, con que les calentaban el rostro, llevaron a don Quijote a tener la certeza de que, volando, pasaban por la región del aire y la del fuego.

³ Dice Juan Vernet: “El caballo de ébano” (noches 357-371) realizó su última y más famosa carrera con el Clavileño del *Quijote*” (*Las Mil y una noches*, 2004, I: XXXIV).

⁴ La trompeta de bronce mágica también aparece en el libro de caballerías.

En otro relato árabe, la “Historia que trata de la astucia de las mujeres y de su gran picardía”, que es también la materia del *Sendebär*, una mujer utiliza el mismo tipo de recursos para hacer creer a un loro, que contó a su marido su adulterio, una realidad inexistente, y demostrar así que miente siempre:

Esa noche la mujer cogió un trozo de alfombra con el cual tapó la jaula del loro, luego se puso a verter agua sobre la alfombra, a dar viento con un abanico, al mismo tiempo que ponía junto al loro una lámpara para que pareciera el fulgor del relámpago, y estuvo dando vueltas a un molinillo hasta la mañana.

Cuando el hombre le interrogue por lo que vio la noche pasada, el loro le dirá que no pudo ver ni oír nada “por la lluvia y el viento, y por los truenos y los relámpagos” (*Mil y una noches*, 1965, II: 855).

En el *Sendebär*, el episodio se cuenta así:

E cuando vino la noche, fue la mujer al papagayo e descendiólo a tierra e comenzóle a echar agua de suso, como que era lluvia; e tomó un espejo en la mano e parógelolo sobre la jabla e en la otra mano una candela, e parávagela de suso e cuidó el papagayo que era relámpago; e la mujer comenzó a mover una muela, e el papagayo cuidó que eran truenos; e ella estuvo así toda la noche, faziendo así fasta que amanesció.

Cuando el marido pregunta al papagayo qué vio, le contesta: “Non pud´ver ninguna cosa con la gran lluvia e truenos e relámpagos que esta noche fizo” (*Sendebär*, 2006: 88-89).

Tanto la jaula del loro como los ojos de don Quijote y Sancho están tapados; sólo así pueden imaginar la realidad que les están creando los demás con los objetos, con los “efectos especiales”.. Es cierto que pueden ser motivos literarios compartidos, pero también pudo suceder que Cervantes leyera el *Sendebär* (del que sólo nos ha llegado una copia del siglo XV), o que oyera contar esta historia, que mandó traducir del árabe al romance el infante Fadrique, hermano de Alfonso X el Sabio; y que el escritor la escuchara en España... o en Argel.

3. EL RELATO EN DIRECTO DEL ADULTERIO

Cervantes creó en su entremés *El viejo celoso* una de las escenas más transgresoras del teatro: la joven Lorenza contará a su criada Cristina y a su marido, el viejo celoso, cómo está gozando con un galán. Está encerrada en su habitación, en donde ha entrado el joven gracias a la maña de la vecina Ortigosa. Se cuela en la casa pasando por detrás de un tapiz que extiende su cómplice, la vecina; y este ardid está ya contado en la *Disciplina clericalis* de Pedro Alfonso ⁵, y también en los *Gesta romanorum*.

Lo que en *El viejo celoso* le dice una gozosa Lorenza a su criada y a su viejo marido es nada menos que esto:

Lorenza: ¡Si supieses qué galán me ha deparado la buena suerte! Mozo, bien dispuesto, pelinegro y que le huele la boca a mil azahares.

Cristina: ¡Jesús, y qué locuras y qué niñerías! ¿Está loca, tía? [...]

Lorenza: Ahora echo de ver quién eres, viejo maldito, que hasta aquí he vivido engañada contigo. (Cervantes, 1970: 215-216).

La misma escena la encontramos en el citado relato árabe “que trata de la astucia de las mujeres y de su gran picardía”, que comparte, como he dicho, la materia novelesca con el *Sendebär*.

Un bañero vende a su mujer para el gozo de un joven, “hijo de un ministro, de hermoso aspecto, grueso y corpulento”, por un dinar. Y lo hace llevado por la avaricia y convencido de la impotencia del muchacho, porque “cuando el joven se desnudó, el bañero no pudo verle el miembro, que le desaparecía entre los muslos dada su gordura” (*Mil y una noches*, 1965, II: 870-871).

⁵ Es el “ejemplo de la sábana” y corresponde al motivo K 1521.5.1 “El amante escapa ocultándose en la sábana que la mujer extiende para mostrarla al marido”, como indica M^a J. Lacarra (Alfonso, 1980: 102, nota 18).

El bañero lleva a su hermosa mujer a una habitación vacía donde se halla el hijo del ministro; ellos se encierran y gozan. El bañero oye sus gritos de placer desde fuera, suplica a su mujer que salga, le recuerda a su hijo pequeño y le ordena que regrese junto a él; pero la mujer le grita: “Si me apartara de su lado, me moriría”. Y dice el relato:

Y así continuó con el joven hasta que éste se satisfizo en ella diez veces, mientras el marido chillaba al otro lado de la puerta, la llamaba, gritaba y lloraba y pedía auxilio sin obtenerlo. Y seguía diciendo: “¡Me ha matado!”, y no lograba llegar hasta su mujer. La aflicción y los celos del bañero fueron tales que subió a la azotea de la casa de baños, se tiró desde ahí y murió (*Mil y una noches*, 1965, II: 872).

En el *Sendebár*, el bañador no oye, sino ve la escena. El episodio se resuelve en un rápido diálogo, carente de la espera desesperada del bañero mientras su mujer goza con el hijo del ministro:

E el Infante durmió con ella; e el vañador començó de atalear cómo yazia con ella, ¡con su mujer! Y el Infante riosa. E el vañador fallose ende mal e dixo.

–¡Yo mesmo me lo fize!

E estonces llamó su mujer e dixo:

–Vete para casa.

E ella dixo:

–¿Cómo iré, ca le fiz pleito que dormiría con él toda esta noche?

E cuando él esto oyó, con cueita e con pesar, fuese a enforcar e así se mató. (*Sendebár*, 2006: 103).

Es probable, por tanto, que una versión de este relato donde se dieran detalles del gozo de la pareja mientras el marido estaba oyéndoles, junto a la puerta cerrada, llegara a Cervantes. Si no fue así, tenemos de nuevo que pensar en una rara poligénesis, y mucho más en un tipo de creación literaria en la que tal atrevida escena resulta insólita, cosa que no sucede en el marco de la narrativa árabe, de un erotismo mucho más explícito.

4. EL SUEÑO DE PERIANDRO Y LOS VIAJES DE SINDBAD

En *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, Periandro va a introducir en el relato de sus aventuras, sin aviso previo, un sueño que tuvo. Cervantes, tan defensor de lo verosímil, convierte en materia onírica elementos que son material “real” en los viajes de Sindbad el marino. Cuenta Periandro, después de narrar cómo empezaron a llover “nubes enteras de agua” sobre la nave en la que iba:

En esto, vi alzar y poner en el navío un cuello como de serpiente terrible, que, arrebatando un marinero, se le engulló y tragó de improviso, sin tener necesidad de mascarle. “Náufragos son –dijo el piloto–. [Disparemos] con balas o sin ellas, que el ruido, y no el golpe, como tengo dicho, es el que ha de librarlos”. (*Persiles*, 2002: 379).

Esa monstruosa serpiente marina que traga entero a un marinero nos lleva a la que encuentran Sindbad y dos marineros en una isla, en el tercero de sus viajes. De pronto ven aparecer “una gran serpiente, de cuerpo enorme y dilatado vientre”; se dirige hacia uno de los marineros y “lo engulló hasta los hombros y luego tragó lo que quedaba”.. Sindbad se subirá a un árbol con el otro marinero que sobrevive, y la serpiente trepará y tragará a este de la misma forma (*Mil y una noches*, 1965: 769-770).

Periandro sigue contando las supuestas aventuras maravillosas vividas, que al final van a ser sólo fruto de un sueño suyo:

Otro día, al crepúsculo de la noche, nos hallamos en la ribera de una isla no conocida por ninguno de nosotros y, con desinio de hacer agua en ella, quisimos esperar el día sin apartarnos de su ribera. [...] En fin, nos desembarcamos todos y pisamos la amenísima ribera, cuya arena (vaya fuera todo encarecimiento) la formaban granos de oro y de menudas perlas. Entrando más adentro, se nos ofrecieron a la vista prados cuyas yerbas no eran verdes por ser yerbas, sino por ser esmeraldas, en el cual verdor las tenían no cristalinas aguas, como suele decirse, sino corrientes de líquidos diamantes formados, que, cruzando

por todo el prado, sierpes de cristal parecían (*Persiles*, 2002: 380-381).

Sindbad, en el sexto de sus viajes, describe así la isla a la que llega después de naufragar:

Había tales riquezas en aquella playa que uno se quedaba perplejo. [...]En mitad de aquella fuente había una gran cantidad de aljófares, gemas, jacintos y regias perlas. Parecían guijarros y cubrían el lecho del arroyo que corría por aquel valle. Todo el fondo de la fuente relucía por la gran cantidad de gemas y otros objetos preciosos que había en él.

Y habla enseguida de una fuente de ámbar crudo que corría hasta la orilla del mar como si fuese cera (*Mil y una noches*, 1965, II: 798-799). Toda la isla estaba llena de riquezas, como las de la isla del sueño de Periandro.

En el séptimo viaje de Sindbad, el capitán de pronto les dice que han llegado a la Región de los Reyes, donde está la tumba de Salomón. Y añade: “Hay enormes serpientes, de aspecto aterrador. Aquí vive un pez que se traga a todos los barcos que llegan a esta región”. Y enseguida, cuenta Sindbad que la nave empezó a levantarse por encima del agua y luego a bajar, y oyeron un grito muy fuerte que parecía un trueno. Sigue narrando:

Era el pez, que avanzaba hacia la nave como si fuese un monte elevado. Nos horrorizamos y empezamos a llorar, dispuestos a morir, mientras contemplábamos el terrorífico aspecto de aquel animal. De repente apareció un segundo pez, que avanzaba también hacia nosotros; jamás habíamos visto una cosa semejantes. Estábamos despidiéndonos unos de otros, cuando un tercer pez, mayor que los otros dos, avanzó también a nuestro encuentro. [...] Los tres peces empezaron a dar vueltas alrededor de la nave: estaba bien claro que los tres querían tragársela (*Las mil y una noches*, 1965, II: 805-806).

Peces que tragan barcos, o serpientes que engullen marineros, o islas llenas de piedras preciosas: prodigios que son realidad en el

relato de Sindbad, pero que son sólo sueños en el de Periandro. ¿Lo imaginó todo Cervantes o lo recreó después de haberlo oído contar?

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALFONSO, P (1980). *Disciplina clericalis*. Traducción de E. Ducay; introducción y notas de M^a J. Lacarra. Zaragoza: Guara, D.L.
- CERVANTES, M. de (1971). *Entremeses*. Ed. de E. Asensio. Madrid: Castalia.
- (1998). *Don Quijote de la Mancha*. Ed. dirigida por F. Rico. Barcelona: Instituto Cervantes y ed. Crítica.
- (2002). *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*. Ed. de C. Romero. Madrid: Cátedra.
- Las mil y una noches* (1965 y 2004). Traducción e introducción de J. Vernet. Tres vols. Barcelona: Planeta.
- Libro del caballero Zifar* (1982). Ed. de J. González Muela. Madrid: Castalia.
- NAVARRO DURÁN, R. (2004). “Literatura en la literatura: guiños literarios en el *Quijote*”. *Anuario de Estudios Cervantinos* I, 93-107.
- Sendebarr* (2006). Ed. de V. Orazi. Barcelona: Crítica.
- Textos medievales de caballerías* (1993). Ed. de J. M^a Viña Liste. Madrid: Cátedra.